

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA BENAVENTE 2000

1. PREGONAR: EL PREGONERO Y EL PREGÓN

La responsabilidad de esta grata tarea de pronunciar el pregón de la Semana Santa de Benavente, es un honor inmerecido que en algún momento es posible que atenace mi garganta. Soy vidrialés y esto os ha bastado para esta invitación a la que estoy reconocido y de la que me siento deudor; esto baste porque en este hecho va unido mi amor por una ciudad a la que desde niño he estado unido y ahora mucho más por los vínculos de la familia y los consolantes de la amistad. Me siento doblemente responsabilizado por suceder en esta honrosa tarea a una persona de tan alta estima y tan amigo del alma para mí como D. Julián Barrio. Espero que el amor con que ustedes me invitan y yo correspondo sepa disimular con un velo de benignidad mis deficiencias

Hoy vengo a Benavente como en los mejores tiempos de la infancia, con el corazón disparado en una carrera de emociones que acelera el curso de la sangre por los pulsos y las sienas. Cuando era niño venir a Benavente revestía los tintes de una aventura fascinante; era la ciudad y aquí comenzaba el mundo: por el Cruce de la Soledad, que era como la encrucijada mayor de todos los caminos de nuestro pequeño universo encantadoramente provinciano de Los Valles, pasaba la carretera Madrid-Coruña que vertebraba mi cosmografía de niño, como los míticos ríos de los libros de historia, y la separaba como en dos mitades: el receptáculo cálido y maternal del pueblo y el mundo lejano, amenazador y sugestivo, tremendamente seductor de la civilización que ya empezaba aquí.

De aquel Benavente de la infancia recuerdo sobre todo una torre, una torre antigua y señora, con todo el peso de la historia escrito por sus piedras ya gastadas; una torre en la que el paso del tiempo hacía camino por su altura como la hiedra se adentraba en las hendiduras de sus muros. A la luz de mis ojos de niño aficionado a las historias aquella torre era más alta, más hermosa; atalaya y homenaje de un palacio que no sé si alguna vez vi en un gravado antiguo o sólo era producto de mi fértil fantasía infantil. Aquella torre era la verificación ingenua y anacrónica de unos versos que aprendí en la escuela y todavía vienen a mi memoria:

*...si él es primo de reyes
primo de reyes soy yo
y Conde de Benavente
si él es Duque de Borbón...*

Aquel Benavente era el de calles industriosas de pasos largos y siempre apresurados, el Benavente multicolor y abigarrado de los jueves, animado en una algarabía todavía soportable.

Poco a poco, a medida que mi estrecho horizonte de niño se ampliaba, Benavente perdía contornos míticos y cobraba forma un reclamo sereno, una seducción atemperada de silencios, de contemplación maravillada ante tanta belleza en la Iglesia de Santa María y en la de San Juan del Mercado, de paseos en la Mota... Fue apareciendo, sin saber muy bien cuándo ni cómo el Benavente de la tranquilidad familiar, de la intimidad sosegada; un Benavente de maravillosas cenas interminables al calor del hogar y con los amigos del alma, en un río sin cuento y consolador de palabras.

Hoy vengo a Benavente con el corazón estremecido de emociones, las de entonces y las de hoy, para anunciaros esta cita obligada y recurrente: la Semana Santa Benaventana como una fiesta saludable, fiesta de encuentro entre religión y arte, porque es fiesta de fe, de profunda religiosidad contenida en cada tradición, en cada gesto, en el más mínimo detalle que aquí tiene un contenido profundamente creyente y se expresa transido de emoción en el silencio reverente, en el esfuerzo del que cargando los varales de los pasos carga sobre sí el dolor del mundo que llevó al Crucificado a lo más alto de un Gólgota que hoy sigue repitiéndose.

Vengo cargado de emociones y en mí se agolpan en una extraña mezcla silencios y palabras, timidez y expansión gozosa de la esperanza. Me gustaría callar ante un misterio tan elocuente como esta Semana Santa Benaventana cargada de siglos, de memoria viva, de fe reciamente arraigada, dejar que hable el amor que vosotros mismos tenéis, porque siempre la palabra que desde la abundancia del corazón llega a la lengua es la que mejor expresa la hondura del misterio. Y, sin embargo tengo que levantar la voz porque el pregón es siempre un anuncio que se hace en alta voz, en la soledad histriónica del que, atraída la atención, se queda solo en medio de la plaza.

De mi infancia vidrialesa tengo fijado, como un persistente jirón de niebla en la memoria, el redoble estrepitoso de un tambor y, otros días, la estridencia destemplada y magnífica de una chifla –más que trompeta– que, rompiendo como un cuchillo el lento y cotidiano discurrir de la jornada, interrumpía los trabajos y hasta los juegos de los que todavía no teníamos otro oficio mejor en que entretener el tiempo y nos sacaba a la calle en una ceremonia de composturas atentas y de silencios graves. La recia voz de Arsenio “Fuelles” o de Jesús Sebastián se alzaba con la típica inflexión tambaleante y cadenciosa, que concitaba inmediata emulación, como voz autorizada del Ayuntamiento o de la Hermandad de Labradores; traía aquella voz unos anuncios que apenas comprendíamos pero había que

retener, porque pasado el pregonero, tomaba su carta de protagonismo y su importancia el pregón y siempre algún rezagado o algún oído no muy despierto nos obligaba a repetirlo.

Pasado el momento de la soledad en medio de la plaza que hoy es este bellísimo teatro que honra y da lustre a Benavente, atraída tan bellamente la atención por el magnífico pórtico musical, se agolpan en mi boca las palabras porque toma todo su protagonismo el pregón, la maravilla, la excelencia de lo que tengo que decir en alta voz. Es difícil contar el amor, pero nunca habrá tarea más bella y agradecida. Y el pregón de la Semana Santa es siempre anunciar en voz alta, con la emoción de las grandes ocasiones, la intensidad, la hondura del amor del Dios que llega dándose hasta las fronteras mismas de la muerte y del hombre que le responde acogiendo con el corazón lleno de emociones y silencios, lo que le sobrepasa y deja que salga al exterior lo que ya no se puede contener.

Homero llamaba *kerix*, pregonero, a aquel que anunciaba en alta voz las grandes noticias del Rey a todo el pueblo. En la Biblia pregonero es el mensajero de la paz, la mejor noticia porque la paz bíblica es siempre la salvación de Dios. *¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, -dice el Profeta Isaías- que trae la buena noticia, que pregona la victoria! Que dice a Sión: "Tu Dios es Rey" (Is 52,7).* Y en el Nuevo Testamento el pregón fundamental, el *kerigma*, consiste en anunciar que Cristo vive, que el Jesús que vieron muerto ha resucitado y ahora está vivo para siempre. Este anuncio recorre como un calambre las conciencias de los que habían huido, de los que se resistían a creer, de los que lo escuchan por primera vez e inmediatamente se apresuran en el seguimiento de quien se presenta así como Salvador del hombre, como faro luminoso de los pueblos, como Señor de la historia.

No puedo cantaros la Semana que todavía no conozco si no es navegando por los mares todavía misteriosos para mí y tremendamente sugestivos de la comunicación virtual y del ciberespacio. No puedo cantar la Semana Santa que es vuestra y que yo no quiero ni puedo arrebatáros en la fría estancia de un relato, aunque esté hecho con las palabras llenas de calor de la emoción. Quiero contaros lo que hay detrás, la profunda realidad de fe que se expresa en la belleza transida de sentimiento de cada paso, de cada imagen, el hecho que nos hace salir a la calle para hacer visible lo que va más allá de cualquier relato humanamente posible.

Quiero anunciaros la gran paradoja salvadora: Cristo que muere y resucita. Esta es la buena nueva que trae el pregonero, la noticia feliz cargada de esperanza y de futuro en este momento emblemático de nuestra historia, cuando estamos a caballo de los siglos, en la encrucijada de los milenios, en este momento tremendo y magnífico. Momento en que la comunicación nos ha convertido en ciudadanos de la misma aldea y nada de lo que ocurre puede sernos ajeno, en este momento en que la solidaridad

se siente como nunca y el dolor de los hombres desestabiliza nuestra tranquilidad y afortunadamente no nos deja comer en paz. Sin embargo, momento también terrible de las rivalidades feroces, de las guerras encarnizadas como nunca, cuando el hambre, el reparto justo y equitativo de la riqueza, la violencia fratricida... tantos problemas aún no resueltos martillean nuestra conciencia. En este momento en que incluso la misma naturaleza parece desparramarse por los suelos por los suelos y como empeñada en sernos hostil... En este momento de incertidumbres en que el horizonte difumina sus contornos y las nuevas generaciones no aciertan a ver claro el futuro, en este momento que podría parecer abocado al pesimismo, la noticia de esta Semana Santa es que la muerte ha sido definitivamente vencida y siempre, absolutamente siempre estamos llamados a la vida y a un futuro de esperanza que redime el tiempo y lo convierte en el ámbito magnífico del encuentro con Dios y con los hombres.

Este es el pregón fundamental, la realidad que a lo largo de los siglos venimos celebrando y representando en esta Semana Mayor que aún tradición y arte como vehículo estremecido y maravillado de la fe de los benaventanos y se convierte así en la expresión plástica, visible y audible, de un misterio de amor más antiguo que el mundo: Dios que ama al hombre sigue presente entre nosotros.

2. LA PLENITUD DE UN AMOR MÁS ANTIGUO QUE EL MUNDO

La Semana Santa de Benavente hunde sus raíces, como casi todas las Semanas Santas de Castilla, en el siglo XVI. Las asociaciones gremiales pujantes en una ciudad que ya entonces se manifestaba industriosa al estar en un cruce privilegiado de caminos, cristalizan en las Cofradías Penitenciales como la de la Santa Vera Cruz, la del Santo Entierro y la de Jesús Nazareno que, imbuidas de la espiritualidad de la época sacan a la calle la abundancia y la profundidad de una fe que a duras penas contenía el templo. Salida y catequesis se convierten, ayudadas por la labor evangelizadora de los franciscanos, presentes en la ciudad desde el siglo XIII, en una representación que acerca el misterio al alma del pueblo. El arte y la fe, tradición y belleza se unen para entrar dentro del alma y provocar una respuesta que es oración hecha asombro, estremecimiento, emoción, incluso llanto que mueven a una forma de vida más religiosa, más convertida, más próxima a Dios. Lo que hay en medio es otra aproximación, y ésta más cercana, más inteligible incluso que un sermón y no digamos una disertación teológica, al amor de Dios. “Mirad cómo nos ha amado”, ved ahí al Jesús Nazareno, como lo representa el cartel de este

año, desfigurado, las manos crispadas sobre el leño, exhausto por el terrible cansancio y el atroz sufrimiento que todavía vuelve la mirada hacia el hombre, al que busca en un gesto supremo de amor. Se comprende fácilmente esta realidad profunda porque se ve y se siente en la proximidad de la procesión, los trajes, la llama de las velas, la música, el paso lento y solemne como para ir meditando lentamente, dejando tiempo a que aquel misterio desgarrador entre hasta los tuétanos del alma y nos conmueva. El misterio del amor: la Semana Santa se hacía representación visible y audible de este amor que en la cruz llega a su plenitud, pero que es un amor más antiguo que el mundo.

Dios crea porque ama. Desde ese siempre, desde ese antes del principio que nunca podremos comprender, Dios es amor, el amor de Dios Padre que ama al Hijo, el amor del Hijo que es Dios justamente en ese acto de ser amado que lo constituye y el amor del Padre y del Hijo que se hace persona, que es persona en el Espíritu Santo. Este amor, como una danza primordial, más que primordial, *el Espíritu aleteaba sobre las aguas* (Gn 1, 2), sobre esas aguas de antes de las aguas, esa nada antes de nada, se hará inmediatamente palabra eficaz ...*y dijo Dios* (Gn 1,3) y surge el mundo y el hombre. Dios crea amando, crea porque ama, por eso puede amar lo que crea y *vio Dios que era todo muy bueno ...* (Gn 1, 31).

Pero no podía el hombre soportar tanta belleza, contener la misma imagen del creador inscrita en su existencia. Era reflejo del amor creador, pero el hombre pretende el poder mismo de crear, la llave del saber, el conocimiento que le haga dios, *se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal* (Gn 3, 5). El pecado es la terrible soberbia del hombre, la pretensión blasfema de hacerse a sí mismo, de no depender de nadie, de no tener que agradecer nada; es decir de no amar.

Pero el pecado no puede apagar el amor y en la misma condena y en el anuncio de una guerra sin cuartel, de una dramática tensión de los linajes se anuncia una victoria definitiva: *establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu stirpe y la suya, ella te herirá en la cabeza cuando tú la hieras en el talón* (Gn 3, 15). Dios porque ama no deja abandonado al hombre a su suerte, sino que lo protege como a un niño pequeño haciéndolo su pueblo, el de su especial protección y predilección, lo guía con paciencia increíble como un *Dios misericordioso y clemente, lento a la cólera y rico en amor y fidelidad...* (Ex 34, 6) Y este amor llega a su culmen cuando *en la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos el ser hijos de Dios por adopción* (Gal 4, 4-5). No es la plenitud el resultado del esfuerzo histórico de los hombres, como si se tratase de un merecimiento, de un buen trabajo que llega a su culminación y, por tanto, recibe su justa recompensa. El hombre seguía sumergido como en una impotencia de la que no podía escapar, en un estrepitoso y

persistente fracaso que no sabía resolver; el hombre no había preparado el tiempo para su plenitud, ni sabía ni podía y seguía empeinado como en jugar al escondite con el Dios que le salía al paso, pero del que se alejaba sin remedio en la primera ocasión.

El tiempo de los hombres no estaba preparado y sin embargo Dios lo lleva a su plenitud introduciendo al Hijo en el tiempo. El Hijo engendrado antes del tiempo, el Hijo que es la Palabra eficaz de Dios, aquella Palabra creadora que había hecho surgir de la nada todas las cosas; toma carne, nuestra carne débil, nuestra carne mortal y el tiempo explota como una granada madura en un paroxismo que es la plenitud del amor: *tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único* (Jn 3, 16).

Se hace uno de los nuestros, uno como nosotros, en todo semejante menos en el pecado (cf. Hb 4, 15). Los cielos se inclinan hasta tocar la tierra, el que tiene la categoría de Dios se despoja de su rango y actúa como un hombre cualquiera (cf. Flp 2, 5-7), habla nuestro mismo dialecto pero... *vino a los suyos y los suyos no lo recibieron* (Jn 1, 11). El drama continúa, la oscura fuerza del mal está ahí con su ley de crueldad y de muerte para que, según el proyecto divino, llegue el amor a su punto más álgido *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos* (Jn 15, 13). Nos ha hecho amigos para darnos su vida, llega a compartir la frontera más extrema de lo humano, el abismo más profundo de nuestra debilidad, la barrera última que parecía absolutamente infranqueable y ante la cual se estrellaba el hombre y su sed inapagable de eternidad.

Entra en la muerte para desactivar su poder maléfico e inexorable y la rompe en mil pedazos cuando amanece el día radiante de la resurrección. Al alba del primer día de la semana, que ahora es el primero de la nueva creación, su resurrección inunda de vida a la tierra y ahora comprendemos que su muerte era una muerte para la vida y sus palabras *si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda infecundo* (Jn 12, 24) adquieren todo su realismo y su verdad.

Este es el misterio que celebramos en cada Semana Santa. No celebramos la muerte, sino la Vida que es Cristo, “y muerto el que es la Vida, triunfante se levanta”. Ésta es la razón de que volvamos cada año a celebrar lo que de ninguna manera podemos agotar porque nos excede. ¿Cómo aprisionar el amor? ¿Cómo vivir la Vida plena que es Cristo y que se ha manifestado levantándose de la misma muerte? Es el misterio colosal que puso en pie a la Iglesia en medio de las plazas y los pueblos; el que hace surgir una nueva concepción del hombre y del mundo, como lugar de encuentro con Dios en el amor y que se proyecta hacia un futuro de plenitud y de gloria.

La firme convicción de que Cristo está vivo se va abriendo camino como la realidad que ilumina la existencia de los hombres, traspasa las fronteras y poco a poco va arraigando en el alma del pueblo y se hace

celebración de vida en la liturgia que se va cargando de simbolismo y trasciende los estrechos límites de lo interior y lo privado, se hace devoción popular y sale a la calle como representación plástica, catequesis viviente que habla al corazón del hombre y lo estimula a un hondo vivir, a un profundo sentir que no sólo lo asegura y lo defiende de los miedos oscuros a la muerte, sino que, acercando el misterio a lo cotidiano, atrae al hombre hacia Dios.

3. LA SEMANA SANTA DE BENAVENTE

La Semana Santa benaventana, en una simbiosis de arte y tradición, perfecto hermanamiento de fe, devoción popular y catequesis, ha ido creciendo con el tiempo, se ha enriquecido de pasos, de gestos, ha languidecido, pero nunca muere la esperanza y no se acaba fácilmente lo que ha arraigado en el alma; han surgido nuevas Cofradías como esta joven del Silencio, hace 57 de años y aquí está en este tiempo de alejamiento, de frialdades, de indiferencia... con una vitalidad nueva y pujante gracias al trabajo esforzado de la Junta pro Fomento; renovada la belleza exterior, revitalizada la tradición porque se renueva la vida interior, no sólo atracción turística, sino reclamo de fe, incluso para aquellos que, distantes de la práctica religiosa, se maravillan ante la serenidad del Cristo de la Salud o se conmueven ante la honda expresividad doliente del Jesús Nazareno cuando se encuentra con la Virgen de los Dolores en la mañana del Viernes Santo. Ahí, sin pronunciar palabra, tímidamente, a veces como queriendo jugar a un juego de indiferencias y distancias, incluso disimulando la emoción, tiene lugar la Semana Santa oculta pero también verdadera, la del secreto de la conciencia, donde sólo Dios puede entrar sin violentar el misterio del hombre y su libertad.

La Semana Santa de Benavente cuenta admirablemente el relato estremecido de esta muerte que nosotros ya sabemos que es vida, muerte para la vida; el árbol seco de la cruz, cual tronco verde, germina ya con la fuerza incontenible de una sabia que viene de la resurrección de Cristo. No es menos el dolor porque se acaba y hay que vivir, revivir el trago amargo de la pasión, dejar que se estremezca hasta la última célula de nuestra carne para sentir que vibra todo nuestro cuerpo, como las cuerdas de una guitarra bien templada, en la mañana radiante y primordial, día sin ocaso del Domingo de Resurrección.

De Domingo a Domingo una semana de corazón, de alma, un camino estremecido de emociones hacia la Pascua. Ésta es la realidad fundamental que ya se ve anticipada en el Domingo de Ramos y nos da la clave de lectura de todo lo que viene después. Domingo de Ramos, domingo de

bullicio, de niños sueltos, más sueltos si cabe que a diario, alocados en una feliz algarabía de ramos y de palmas, de ramos de laurel que son los nuestros. Pero ya no se trata de aquella inconsciencia del primer domingo de ramos, de aquellos vivas que después se convertirán en las mismas gargantas en un *muera, crucifícale* escupido como dolorosos cuchillos. Para nosotros este paseo de Cristo, esta entrada triunfal al corazón de los que miran es pórtico de la pasión y de la gloria; por ello ya en el *hosanna* de este día está resonando el *aleluya* de la Pascua; la alegría de hoy no es sedante, sino la fuerza anticipada para vivir intensamente los días posteriores del llanto.

Pronto se termina la alegría y el Martes Santo se oscurece se vuelve martes de tinieblas, que sabemos lo que va a venir en los días sucesivos. Los hermanos y las hermanas Cofrades de la Santa Vera Cruz y del Santo Entierro y Damas de la Luz y la Soledad, con Jesús que lleva ya la Cruz a Cuestas y la Virgen, Soledad y Angustias en esta noche de tinieblas, comienzan la procesión, cuesta arriba, como subiendo a un nuevo Gólgota con el dolor del mundo en las espaldas, y callan las mujeres y alumbran con débiles candelas la negrura de una noche que no disipan nuestras lámparas; todavía habrá que recorrer el camino varias veces como para entrar más adentro, para contemplar mejor el misterio del dolor y del amor y dejar que se ablande la piedra dura del corazón

El Miércoles es día de silencios y callan los hermanos y las damas de la Cofradía del Silencio, las bocas selladas en un Juramento que lleva el ímpetu de su juventud ante el Santísimo Cristo de la Salud. Cuando ya no hay nada que decir es mejor callar, esto lo sabe bien el alma castellana tan acostumbrada a austeridades. El silencio, elocuente más que mil palabras, recorre como un calambre la ciudad y nos conmueve hasta el vuelo salado de las lágrimas. Callar para contemplar tanto dolor, para sentir con él, para purificar nuestra conciencia y poder mirar cara a cara el dolor del Santísimo Cristo de la Salud, suspendido entre el cielo y la tierra, que se entrega en las manos de Dios como un niño se duerme en los brazos de su padre y nos llena el alma de una serenidad y una ternura que sólo en silencio se puede disfrutar. Sí, definitivamente es mejor callar y escuchar el corazón para comprender mejor, sentir mejor, llorar mejor y conmovernos en una vida definitivamente mejorada.

El Jueves Santo otra vez, árbol arriba, las hermanas Cofradías de la Santa Vera Cruz y el Santo Entierro despliegan una maravillosa catequesis en la expresividad doliente de los pasos que incluso anticipan lo que ocurrirá mañana: Jesús Nazareno, incluso la Crucifixión, la soledad inmensa de esta Virgen de la Soledad. Hay que mirar con los ojos del alma, para ver más que la torva fiereza del *juicio del clavo* la serena mansedumbre del Cristo que, con la túnica que le arrebatan, nos entrega el milagro de su carne torturada. Así en la contemplación repetida del misterio el alma se va

abriendo a la profundidad inmensa de lo que estamos celebrando y que no se puede agotar en un instante, un solo día, cuando el amor desborda el tiempo y se hace río sin cuento, eterno presente.

El Viernes Santo es día grande y hay que comenzar muy de mañana convocados por la Cofradía de Jesús Nazareno para contemplar el amor y el dolor reunidos en medio de la Plaza Mayor, corazón de las comarcas; allí se encuentran Jesús Nazareno y la Virgen de los Dolores, la Madre y el Hijo. No dicen una palabra, sólo se cruzan las miradas: la de la Pasión que asciende hacia su inexorable cumplimiento, y la de la Compasión que invade los cielos. ¿Dónde, en qué abismos termina el sufrimiento de esta madre que pierde a su hijo? El sufrimiento de esta Virgen toda de Dolores trastorna el orden del mundo, desafía la fe, ofende la esperanza y, sin embargo, es fortaleza, toda ella delicadeza y profundidad, amor genuino.

Y a la tarde los hermanos de las antiguas Cofradías de la Vera y Cruz y el Santo Entierro y Damas de la Luz y Soledad –antes, buscando a las autoridades, han llegado otra vez al Consistorio y en el salón de plenos, sin robar ni un ápice a la gravedad de un lugar tan solemne, se han fumado el cigarrillo que, como nuevo y misericordioso nazareno les ayudará en esta última tarde de esfuerzos y emociones largas –, convocan para la Magna Procesión del Santo Entierro, que fue procesión hasta de Obispo cuando la Vicaría de San Millán, a todas las Cofradías, y el Cabildo de San Vicente y las Autoridades y Representaciones y el pueblo que ahora deja la acera, esa sutil barrera de seguridad que le protege en la pasividad del que sólo mira y deja pasar y, conmovido el corazón, sale al camino. Cristo muere y calla la tierra, las iglesias quedan como vendidas, sin manteles los altares, el monumento recogido y la puerta del sagrario abierta, como de casa robada...

Es el gran silencio, hasta el alba del tercer día, sólo el recogimiento y la espera deberían animar la vida. Pero ya sé que hoy no se calla, que es mucho el ruido porque es mucha la impaciencia, la ansiedad, el miedo a escuchar el corazón, a escucharnos, que es mejor aturdirnos de palabras torpes, de músicas que hieren como pedradas, de risa insustancial. Pero aquí mismo en Benavente, en la paz del claustro callan las Clarisas y las monjas Bernardas y en su silencio calla la ciudad entera, aunque no se sienta, aunque sea imperceptible el ritmo lento y contenido de la esperanza que aguarda el momento feliz cuando el Domingo de Resurrección, después de la Misa de gloria, otra vez en la Plaza se encuentran la Virgen y el Resucitado y cae el negro manto en un vuelo blanco de palomas, en un repique estremecido de campanas que convocan a la alegría y la esperanza, que ya nada puede hablar de muerte que la vida se escapa a raudales con la luz que inunda la mañana y se desborda por las caras y las sonrisas, ahora sin tapar, de los cofrades.

4. CONCLUSIÓN: EN ESTE AÑO JUBILAR

Misterio de Pasión es el de esta Semana Santa: la pasión del padecer, del sufrimiento que acompaña el dolor cósmico del Hijo que se hizo *obediente hasta la muerte y una muerte de cruz* (Flp 2, 8) y la pasión de la vehemencia del ánimo con que acogemos la Vida. *Muerte y vida lucharon y la muerte fue vencida...* Ante este misterio no sirve la neutralidad que implica una cosmovisión cerrada a la trascendencia, una vida en la que Dios está ausente, cuando Él viene a visitarnos, como se refleja en esta representación que cuenta y narra el profundo, emocionante relato de su amor por nosotros hasta el paroxismo de la muerte.

En este especial año Jubilar, puerta de milenios, cuando el dos mil aniversario de la Encarnación del Hijo actualiza el misterio de la Redención que culmina en el paso por la muerte a la vida, se hace particularmente intensa la celebración de la Pascua como un tiempo singular, año de gracia y de perdones que debemos acoger y profundizar. Por ello esta Semana Santa tiene su contrapunto necesario en la liturgia, en la Semana Santa de las iglesias, de estas bellísimas iglesias vuestras donde si escucháis en silencio, con el corazón atento y dispuesto al milagro suenan todavía los antiguos sonos monásticos, los cantos mozárabes de los que llegaban del sur soñando paraísos de encuentro con Dios; la Semana Santa de la comunidad convocada para el sacramento del perdón en el que Dios vuelca hacia nosotros sus tesoros infinitos de misericordia, reunida entorno a la mesa del Pan y la Palabra. Sí, es necesario este contrapunto, menos deslumbrante si quieren, menos emocionante pero más necesario.

Id más allá del rito, vivid conscientemente lo que representáis, hermanos y hermanas cofrades y los que asistís, atónitos y emocionados, al ceremonioso y ritual de la procesión. La tradición y la historia vienen cargada de una hondura de fe, de una profundidad de sentimientos que ahora son vuestros, como un alimento que nos sostiene todo el año y nos acerca a lo verdadero.

Benavente es una ciudad proyectada hacia el futuro, inscrita ya en el futuro, una ciudad antigua y animada de una vitalidad joven y próspera y, por ello necesita, asentar su vida en los valores que ofrecen la garantía de un futuro ilusionante. Para que los jóvenes salgan de la frustración de un mundo sin horizontes de esperanza que colmen sus aspiraciones y den cauces al ímpetu de sus energías recién estrenadas, para que no claudiquen a los falsos reclamos de la violencia, la droga, el sexo que ahoga el amor en una asfixia de emociones, para que no sucumban en el pozo sin fondo del hastío demoledor que les hunde hasta la depresión y el aburrimiento; para que los mayores no nos sintamos ahogados en la impotencia del propio fracaso, es necesario instaurar una cultura del amor, de la abnegación y del servicio, profundizar justamente los valores tan firmemente arraigados en

vuestra Semana Santa. Es necesario vivir cada gesto, interiorizar cada esfuerzo, contemplar con los ojos del corazón lo que estamos celebrando, para que la Semana Santa, desde la vivencia del corazón y de la conciencia, sea la fuerza del futuro, la razón de la esperanza.